

do. Que visto por los cercados, con muy gran denuedo acometieron á los contrarios, y como esparcidos anduviesen, no con mucho peligro, matando muchos dellos, y aun perdiendo hartos de los suyos, pasaron á la otra parte, donde se juntaron con los de Norandel, quedándoles algun espacio de descanso. Las flotas, que ya os dijimos que en la mar estaban con aquellos caudillos, acometieron á los paganos, con intencion de morir ó destruirlos á todos. Mas como lo hubiesen con tantas gentes, y ya sus muy grandes naves trabadas con las gruesas cadenas que ya se vos ha dicho estuviesen, no se les siguió como ellos querian, antes los paganos peleaban reciamente; que en los ver tan pocos, segun su muchedumbre, no los tenian en tanto como en nada.

Allí pudiérades ver aquellos grandes acometimientos que el esforzado Agrájes hacia, que nunca llegó á nave que, si tiempo viese, dentro no saltase, donde aquel conde Frandalo lo sacaba, teniéndolo mas á locura que á esfuerzo, y no sin gran peligro de sus vidas; que así el uno como el otro muchos golpes recibieron, haciendo sus armas de poca defensa y valor; pero con esta tal osadía y con lo que don Brian de Monjaste hizo, hubo lugar que Belleriz, sobrino del conde Frandalo, y el cosario Tartario, pusiesen fuego á una gran fusta de los contrarios, la cual comenzó de arder en vivas llamas. Cuando los paganos esto vieron, llegaron muchos para matar el fuego, y los cristianos por se lo defender; así que, allí comenzó una muy cruel batalla, donde muchos de ambas partes murieron; mas lo que aquel conde Frandalo hacia, habiendo conocimiento del gran daño que á los enemigos de aquel fuego les podría venir, y la buena ventura que con ello á ellos se les seguía, no se puede decir ni poner por escrito; porque con su nave hacia tantas entradas, y tanto á peligro se metía por desviar del fuego á los paganos que no lo matasen, que si no fuera por don Brian de Monjaste, muchas veces fuera perdido.

Y si aquí no se cuentan tan por extenso los grandes hechos que los paganos hicieron, como se hace los de los cristianos, no creais que la afición lo causa, porque haciendo á ellos muy fuertes, por muy fuertes quedaban los que los sobaban y vencían. Mas fué la causa por no tener dellos conocimiento, ni saber sus nombres aquel gran maestro Elisabat, que, como se vos ha dicho, escribió esta grande historia, estándolo mirando desde una alta torre de la ciudad de Constantinopla; pues ¿qué os diré, sino que el fuego fué tan crecido y augmentado, que por grande diligencia y resistencia que para lo tomar se puso, no se pudo excusar que todas las naves, que con las fuertes cadenas trabadas y amarradas eran, que serian mas de cuatrocientas, no fuesen quemadas, con toda la mas gente que tenían, sin que alguno se salvase, sino aquellos que nadando á las otras se pasaron, y otros que fueran por los suyos recogidos?

## CAPITULO CLXIX.

De la afrenta en que los cincuenta reyes á la ciudad pusieron mientras las batallas en la mar y en la tierra duraron.

A este tiempo que habeis oido, aquellos reyes y caudillos, que con muchas gentes tenían cargo de com-

batir la ciudad, llegaron con grandes aparejos al combate, creyendo que tanto ternian que hacer los contrarios en las batallas del campo y de la mar, que de la ciudad, por entonces teniéndola por segura, no se curarian; mas no lo hallaron así, que el Emperador, que apercebido estaba, acudió luego á la defender bravamente. Mas como la gente mucha fuese, y asimismo los grandes pertrechos que traían, no bastaron sus fuerzas á resistir que los paganos no hiciesen muchos portillos en la cerca, por donde algunos entraron; mas como la gente que defendían perdidos se viesan, creyendo que ya los cuchillos tenían sobre sus cabezas para ser hechos pedazos, como quiera que gente popular y no de mucha afrenta fuese, con el gran miedo de la muerte, sacando de sus corazones aquella fortaleza que nunca en ellos aposentada habia sido, acometieron tan sin miedo, con tanto denuedo, á los enemigos, que matando muchos dellos, y dellos muriendo muchos, por fuerza los lanzaron y tornaron por donde habian entrado. Así que, se puede decir que, mas por la merced y piedad de Dios, que en el tiempo del grande estrecho y afrenta socorre á los suyos, que por el esfuerzo de aquellas bajas gentes, la ciudad no fué tomada, y con ella muertos y captivos los mas de la cristiandad que allí juntos estaban.

## CAPITULO CLXX.

Cómo partidas despues que se vieron  
Las crudas batallas, el cielo rompian  
Los gritos y llantos que todos hacian,  
Llorando los muertos, que menos sintieron;  
Y como los reyes los llantos oyeron,  
Con dulces palabras así los consuelan,  
Diciendo: «Señores, aquestos no os duelan,  
Que vidas ganaron si vidas perdieron.»

Así como la historia vos ha contado, pasaron el primero día aquellas tres batallas, las cuales fueron por la noche, que los cubrió, partidas, y tornada la gente á su real, y las flotas apartadas unas de otras, donde se comenzaron grandes llantos por los muertos; mas luego fueron remediados por aquellos reyes, diciendo que las cosas que por servicio del mas poderoso Señor se hacían, como quiera que la fortuna adversas ó favorables las trujese, no debían dar pesar ni dolor; porque, si los cuerpos pereciesen, tornándose á aquella tierra donde fueron tomados, las ánimas inmortales gozaban del galardón que ellos merecían en se haber apartado de los engañosos vicios y deleites que con toda afición habian seguido, recibiendo muertes con tal martirio por aquel que de su propia voluntad mucho mas cruel y amarga la recibió por nos dar la vida, que desde el principio del mundo perdida teníamos.

## CAPITULO CLXXI.

Del acuerdo que los paganos hubieron acerca de la batalla venidera.

Tan gran daño de muertos y heridos recibieron en estas batallas los unos y los otros, que hubieron por bien que el día siguiente holgasen con toda seguridad, por dar reparo á las heridas y á sus armas y caballos, para tornar á la batalla. Mas los paganos fueron muy

quebrantados, que mucha mas gente perdieron, y lo que mas les dolía, eran las naves que perdieron. Y algunos decían que sería bueno, tomando algun asiento, se tornasen á sus tierras, porque, segun la gran fuerza sentían en los cristianos y en la ciudad, que con mucha razon debían perder la esperanza de alcanzar la gloria y el vencimiento; por otros era dicho que si tal partido acometiesen, que sería poner á sus enemigos en tanta soberbia, y á los suyos en tal desmayo, que sería causa de con poca afrenta ser todos vencidos y muertos, y que, pues el negocio tan adelante estaba, que no era tiempo de volver atrás, sino que, teniendo esperanza en sus dioses, tornasen acometer á sus enemigos, con esperanza de los vencer y destruir. A ese consejo se acogieron todos, teniéndolo por mejor. Y acordaron aquellos altos hombres que dos reyes de los que nas habian usado las armas, con dos mil caballeros no tuviesen otro cuidado sino atajar algunos caballeros de los cristianos, que sin ningun temor en medio dellos se metían y les hacían casi todo el daño. Y si aquello hacer pudiesen, que con poca fuerza los que quedasen serían muertos ó vencidos.

## CAPITULO CLXXII.

Cómo, segun cuenta la historia,  
Las grandes batallas al juego volvieron,  
Las cuales, despues que mal se hirieron,  
La santa cuadrilla llevó la victoria;  
Adonde ganando coronas de gloria,  
Perdieron las vidas con buen corazón  
El muy virtuoso rey Perion  
Y el rey Lisuarte, de buena memoria.

Pasado aquel día y la noche, venida el alba, comenzaron á tocar las trompetas, así del un campo como del otro, y la gente fué armada y puesta en aquella parte que habian de haber la batalla. No donde fué la primera, porque de los muertos tan ocupada estaba, que por ninguna manera los caballos pudieron por ella andar; y como se vieron, se fueron los unos para los otros, y comenzaron la batalla con mucha mas braveza que de antes habian hecho. Esplandian como la muerte no dudase por la dar á aquellos enemigos de su Señor, despues que la lanza perdió, con que mas de diez caballeros habia derribado, puso mano á su espada, que en señal de ser el mejor caballero del mundo habia ganado, como antes se os dijo; metiéndose por los enemigos, comenzó de los herir y matar muy cruelmente. El rey Amadís, su padre, iba por otra parte haciendo maravillas; y así lo hacia el buen rey Cildadan, y don Galaor, y aquel muy esforzado rey de Cerdeña, y los otros famosos caballeros, no olvidando aquel fuerte don Cuadragante y don Bruneo, rey de Arabia; que todos estos, no contentos de entrar por una parte, y antes querer ser aguardados que aguardar á ninguno, iban adonde les parecía que mas necesario era su socorro. Así que, por muchos golpes que recibieron, no dejaban de matar y derribar cuantos ante sí hallaban. Pues aquellos soldanes y tamorlanes y reyes de los paganos, como fuesen buenos caballeros y anduviesen muy bien armados, acudían allí donde vian tan mal parar los suyos, y juntábanse con aquellos caballeros sus contrarios. Mas aunque algun rato se pudiesen con

ellos detener y sufrir, al cabo quedando maltratados y derribados en tierra algunos dellos, los otros tenían por bien de se tornar á meter entre los suyos.

Algunos podrían poner dubda, diciendo que no sería posible que destos altos hombres de los cristianos tantas gentes por sus manos muertas fuesen, teniendo en la memoria haber visto algunas batallas que muy diferentes destas les parecieron. Mas yo, queriendo quitar á la escritura de aquella mengua ó menoscabo que de la tal duda seguirse podría, digo que la causa dello fué, que como quiera que estas gentes de los paganos fuesen infinitas, todas las mas eran de baja condicion, acompañadas de gran pobreza, que, como ya se os dijo, no alcanzaban casi armas algunas; que muchos dellos no traían sino una lanza, y otro un arco, y otros palos ferrados y porras, que para entre ellos aquellas bastaban en las batallas que entre sí habian. Lo que por el contrario les acació á los cristianos, que, como quiera que muchos menos fuesen, y alcanzasen el metal del hierro en grande abundancia, que á los mas de los otros faltaba, tenían mejor aparejo de hacer aquellas armas con que mas seguros en la afrenta pudiesen entrar. Así que, por esta causa, los unos armados y los otros desarmados, no podían en igual pasar.

Tambien se podría aquí decir por algunos cómo no se hace mencion de aquellas fuertes mujeres de la isla California, que con su señora la reina Calafia allí vinieron. A esto digo que, como aquella reina fuese presa en dos maneras, la una de cuerpo y la otra de corazón, por ser sojuzgada y captiva de aquella gran hermosura de Esplandian, como ya se os dijo, en que cada hora y momento las encendidas llamas la abrasaban y atormentaban, sacándola de todo su sentido; tenía esperanza que si él de las batallas saliese vivo, que siendo ella tan gran señora de tierra y de gentes, y de todo el oro y piedras preciosas, mas que en lo restante de todo el mundo hallarse podrían, y que si en la ley della se pudiese alcanzar; si no, que luego sería cristiana, aunque gran señora fuese; que codiciando aquello que comunmente todos los mortales con gran afición codiciaban, trabajando y muriendo por lo haber, que ternían por bien de la tomar en matrimonio; y por esta causa envió á mandar á Liota, su hermana, que, recogidas sus naves, se desviase de las de los paganos donde daño no pudiesen recibir, y que no haciendo otro movimiento alguno, esperase su mandado.

Pero dejando esto, tornará la historia á su cuento, en que os hará saber cómo por la fortuna, que así lo quiso, ó por ser aquella hora limitada, y de que ninguno huir puede cumplida, ó por decir mas verdad, la voluntad del muy alto Señor, que siempre presto y aparejado está para perdonar los pecadores, conociendo y enmendando sus yerros, quiso llevar á su santo reino de Pariso alguno destos sus siervos, como ahora se contará.

Ya se os dijo cómo aquellos reyes cristianos, con aquel encendimiento de servir á su Señor, entraban entre sus enemigos por aquellas partes que mas á provecho á los suyos, y mayor daño á los contrarios, podían hacer. Y como Esplandian, con mucha braveza y demasiada saña, era el que mas con ellos envuelto andaba, á muy gran peligro de su persona, y cómo sus abuelos,

el rey Lisuarte y el rey Perion, temiendo su peligro, le seguían, haciendo maravillas en armas, no pudiendo excusar en ninguna manera que gran parte del peligro de su nieto no les alcanzase; y cómo los dos reyes paganos á quien era encomendado de probar todas sus fuerzas contra los cristianos que mas desmandados les pareciesen, mandando á los suyos que los siguiesen, con sus espadas en las manos fueron contra estos dos ancianos reyes, no osando acometer á Esplandian, segun el gran temor de sus bravos golpes tenían; y comenzaron con ellos la batalla, que muy poco duró; porque, no pasando tres golpes de los unos á los otros, los dos reyes paganos, cortados sus yelmos y gran parte de las cabezas, cayeron muertos á sus piés. Mas aquellos dos mil de caballo que los aguardaban y no tenían ojo á otra parte, llegaron tan desapoderados, que no se pudo excusar que ellos y los caballos sobre que andaban á tierra no cayesen. Y como quiera que, estando á pié, muchos dellos matasen, y fuesen socorridos de aquel buen viejo honrado don Grumedan y asimesmo del duque de Bristoya don Guilan, y de Brandoibas y de Nicoran de la Puente Medrosa, y de Cendil de Ganota, que nunca del rey Lisuarte se partían, tanta fué la multitud de la gente pagana que sobre ellos cargó, que revolviéndolos muchas veces por el suelo, aunque ellos con muy grande esfuerzo se levantasen, no se pudo excusar que allí todos no recibiesen la muerte. Y como por algunos de los cristianos fué visto, y dicho al rey Amadis y á los otros señores, así la muerte de aquellos reyes como la que Esplandian aparejada tenía si socorrido no fuese, acudieron allí con muy grande prisa, y entrando por los enemigos, matando y derribando, como hicieran fuertes leones en las manadas de las flacas ovejas, llegaron allí donde los reyes habían muerto, y pasando por ellos, socorriendo á Esplandian, que muy mal herido de muerte andaba; porque como quiera que él tuviese hecho corro al derredor de sí, sin que ninguno fuese tan esforzado que á él llegarse osase, su caballo tenía tantas lanzadas y saetas en el cuerpo hincadas, que si la merced de aquel poderoso Dios no le socorriera, mil veces pudiera morir. Y como su padre y aquellos señores llegaron, allí pudiéades ver aquello que nunca se vió, que á pesar de los paganos, murieron muchos dellos, y dieron un caballo á Esplandian, y comenzaron á dar tantas heridas y golpes á los paganos, que no dejaban hombre á vida. Como sus gentes así los viesén, perdiendo todo temor de la muerte, con grande esfuerzo los seguían. Ahora sabed que en todo este tiempo nunca Norandel con los suyos entró en la batalla, porque le fué mandado el día antes por los reyes que no entrase en la lid hasta que su mensaje hubiese. Y como el rey Amadis vido la gran revuelta, y que viniendo algun socorro, los contrarios serían en gran temor, mandó al conde Gandalin que lo mas presto que ser pudiese, fuese á Norandel, y le dijese que entrase en la batalla muy denodadamente; que agora era tiempo. El Conde, aunque contra su voluntad fuese en partir dél, dejándolo en tan grande afrenta, por cumplir su mandado salió de la batalla, y hizo saber á Norandel lo que le habían encomendado; y como lo oyó, fué muy alegre, así como

con gran pesar, por no salir de lo que le mandaban, se había sufrido; y luego apercibiendo sus caballeros que no habían de salir de su ordenanza, acometió á los paganos tan bravamente, que de su llegada, de muertos y heridos fueron por el suelo mas de diez mil dellos; y pasando adelante, comenzaron de dar con sus espadas tan fuertes golpes, que no les osaban esperar los que ante ellos se hallaban. Así que, las voces y el ruido fué muy grande, diciendo los cristianos: «Vencidos son estos traidores infieles.» Y como por el rey Amadis y por los otros reyes y grandes hombres fué visto lo que Norandel y sus compañías hacían, y las grandes voces de los cristianos, apretaron tan bravamente, que á los paganos les convino, por miedo de la muerte, vando de los suyos tantos de los heridos y muertos sembrados por aquel campo, que ya sus caballos no podían en otra parte sino sobre ellos pisar, volver las espadas para se meter en los reales, creyendo que allí guarecerían las vidas. Cuando por los cristianos el vencimiento tan grande fué visto, doblando el esfuerzo de sus corazones, los siguieron; de manera que allí fué la mayor mortandad que en las batallas había sido, y tanto los ahincaron, que por fuerza fueron recogidos y encerrados tras sus cavas, que tan hondas eran, que, con la gran prisa de caer unos sobre otros, fueron muchos muertos y lisiados.

## CAPITULO CLXXIII.

Cómo el conde Frandalo ganó treinta fustas de las mas principales á los contrarios, allende de las cuatrocientas que les habían quemado.

Los que estaban en la mar hubieron una gran revuelta, en que muchos muertos y heridos hubo, que si por extenso de contar se hubiese, se abriría una materia de muy gran prolijidad. Solamente sabréis cómo los paganos, que vieron sus cuatrocientas quemadas, fueron en tanto dolor puestos, que ya no peleaban sino como gente vencida. Cuando por aquel conde Frandalo fué visto, habiendo conocimiento de su flaqueza, apretaron tan fuertemente, que retrayéndose la flota de los contrarios, les quedaron en su poder mas de treinta fustas de las mas principales, las cuales luego fueron entradas, y echadas en el agua todas las gentes que en ellas hallaron.

## CAPITULO CLXXIV.

Cómo, viendo su gran perdimiento, Los turcos vencidos acuerdan huir, A sus gruesas naves, pensando guarir, Adonde reciben mayor detrimento; Y cómo se vieron en tanto tormento Las miserables fustas que allí se hallaron, Que de tres mil que al puerto llegaron, Apenas del puerto salieron las ciento.

Los otros caudillos, que cargo de combatir la ciudad tenían, comenzaron el combate con muchos pertrechos que llevaban. Y como su pensamiento fuese que, ganada la ciudad, todo lo otro era puesto en vencimiento, pusieron tan gran diligencia, aunque muchos de los suyos muerte recibían, en horadar la cerca por los lugares que en su fuerza estaban, y tantos portillos hi-

cieron entre los que de antes hecho habían, que, como del canto fuese desencadenada, dieron con un lienzo en el suelo, de que el Emperador muy espantado fué, y mucho mas los suyos, que de mas baja condicion eran. Pero considerando que peleando y mostrando cobardía de la muerte, no podían huir, y ofreciéndose á ella muy de grado, hicieron de sí muro, poniéndose contra las agudas puntas de espadas y lanzas, no se pudiendo excusar que muchos dellos no muriesen, recibiendo el Emperador en sí muy mayor afrenta y peligro que ninguno dellos, y allí fué herido de tres llagas peligrosas. La porfia de la lid fué allí muy grande, porque los de fuera, creyendo tener su hecho acabado, y los de dentro, teniéndose por muertos si por sus corazones no se remediasen, los unos y los otros hacían maravillas; mas tanta gente cargaba de los paganos, y por tantas partes de la cerca habían ya rompido, que ni la fuerza de los de dentro ni el esfuerzo de su emperador no pudieron bastar que entrados no fuesen y el lugar perdido.

A este tiempo que ois, nuestro Señor, que muchas veces, haciendo mercedes á los suyos, los trae en conocimiento de su servicio, y á otros con crueles azotes y afrentas, viendo que en ellos el tal bien no cabe, los apremia y fatiga, quiso, por su misericordia, que los paganos, enemigos de su santa ley, arrancados del campo donde con los reyes peleaban, fuesen, como ya oistes. Lo cual visto por los unos y otros que en la gran quiebra de la cerca batallaban, los de fuera espantados y desmayados, los de dentro cobrando grande y nuevo esfuerzo, no pudo tanto la gran gente de los paganos que del combate con gran temor no se partiesen. Y como en el retraer de la mucha gente ningun señor ni capitán, por la mayor parte, poder tenga de les hacer cobrar el esfuerzo amedrentado y perdido, así estos, viendo los suyos vencidos y encerrados por su real, ninguno tuvo poder para los hacer tornar, antes, con temor de aquella muerte, que en las tales cosas mas cierta y cruel se hace, volviendo las espaldas, con gran prisa se recogieron á las naves donde salieron. Pero no pudo ser tanto á su salvo y sin peligro, que, alcanzados del Emperador y de los suyos, mas de la mitad muertos no fuesen; que serían en número mas de treinta mil hombres. Pues ¿quién puede decir la historia ni contar, sino que los paganos, siendo recogidos en sus reales fuertes que tenían, no osando ya salir al campo por haber perdido muchos de los altos hombres en quien grande esperanza tenían, y temiendo á los cristianos, segun su gran fortaleza, como á la muerte, ya no pensaban sino en cómo sin peligro de sus vidas á las naves recogerse pudiesen? Mas los cristianos, viendo su flaqueza, teniendo mucho dolor por los reyes y caballeros que les habían muerto, con gran ira cada día les venían á dar batalla, y no la hallando en el campo, como solían, probaban todas sus fuerzas en les entrar los reales, para que todos muriesen á sus manos. Mas ellos, conociendo su propósito, temiendo la muerte, como naturalmente por todos es temida, defendíanse bravamente, tanto, que la porfia duró por mas de quince días, en que á los paganos los bastimentos les faltaron de tal manera, que ninguna cosa que comer les

había quedado. Y como se viesén sin ningun remedio, acordaron de una noche, desamparando sus tiendas y todo lo que en ellas tenían, de se acoger á la mar, y si alguna afrenta les viniese, que allí mejor que en la tierra pasar la podrían; y como lo pensaron, así por obra lo pusieron. Mas no pudo ser tan secreto, que las guardas de los cristianos, que siempre de noche sobre ellos tenían, porque algun revés salteado no les viniese, no lo sintiesen; lo cual hicieron saber á los de su parte; y como quiera que muy fatigados y cansados estuviesen, y heridos muchos dellos, considerando ser aquel el cabo de su propósito, teniendo mucho deseo que ninguno dellos de la cruel muerte escapase, á la mas prisa que pudieron fueron todos armados y salidos de sus reales; y yendo contra los de los enemigos, hallaron ser verdad lo que les habían dicho, y con grande esfuerzo y voces dieron sobre ellos, pasando sus cavas sin mucho estorbo. Allí pudiéades ver la mayor revuelta y matanza que por escritura ni memoria saber se podría; pues cierto, ni aquellas batallas de la gran Troya, ni aquella de entre Roma y Cartago, ni aquellas de entre Julio César y Pompeyo, fueron en tanto grado, que á estas con gran parte pudiesen igualar. Así que, toda la noche fueron los cristianos ocupados en los matar, sin que algun descanso tomasen. Y la mañana venida, siguiéronlos hasta la mar, de tal manera y con tanta saña y fuerza, que todo el camino de muchos muertos quedó sembrado.

Pues acogidos á las naves los paganos, no creais que mas en ellas las vidas tuvieron seguras, porque los caballeros cristianos, viendo su vencimiento, lo mas presto que ser pudo fueron todos recogidos á las suyas. Y como los enemigos, con el gran temor de la muerte siendo sus corazones quebrantados, puestos en el extremo del temor estaban, como embebecidos y desatinados, sin saber qué harían de sí, aun para huir no eran bastantes de poner remedio. Los cristianos, que, todo al contrario, estaban con mucho mas esfuerzo, con mucho mas acuerdo, acometiéronlos tan bravamente, que no hallando casi defensa, todas las mas de las fustas fueron entradas, y muertos los que en ellas estaban. Así que, con la sangre gran parte de la mar, perdida la natural color, en la suya della convertida era. Finalmente, la fuerza de los cristianos fué en tanto grado, y la flaqueza de los paganos tan subida, que de mas de tres mil naves que allí trajeron, no se pudieron escapar ciento, quedando las otras, las unas anegadas, las otras en poder de los reyes y caballeros cristianos.

## CAPITULO CLXXV.

Cómo el Emperador hizo sepultar muy honradamente los dos ancianos reyes y los otros grandes hombres que en las batallas murieron.

Despachado esto así, despues de los muchos llantos que por los reyes muertos se hicieron, el Emperador, aunque estaba herido, dispúsose á ir al real de sus ayudadores. Y siendo dellos con grande acatamiento rescebido, por su ruego acordaron todos los que en tierra y en la mar estaban, de se recoger á la ciudad, llevando consigo los muertos, porque, segun la grandeza de cada uno, así la honra le fuese hecha. Y fué acordado que

los dos reyes Lisuarte y Perion hubiesen sepultura en las capillas de los emperadores, y los otros preciados caballeros en otra que para los semejantes estaba; que demás de aquellos que la historia os contó que en las batallas murieron, fueron asimesmo muertos otros muchos caballeros, en que fué aquel valientísimo jayan Balan, señor de la isla de la Torre Bermeja, y Elian el Lozano, y Palomir, y Enil el buen caballero, y otros que por la prolijidad aquí no se cuentan.

## CAPITULO CLXXVI.

Cómo los reyes hiciese llamar  
El Emperador, les dijo: «Señores,  
Las mis graves culpas y muchos errores  
El resto del tiempo me mandan llorar;  
Y yo, porque entiendo el mundo dejar,  
Quiero que queden casados primero  
La mi cara hija y el buen caballero,  
Que pueden mis reinos mejor gobernar.»

Siendo pues los cansados en reposo, y los heridos remediados todos por aquel maestro Elisabat, y el Emperador de su lecho levantado, sano de las heridas que habia recibido, recogidos en aquella discrecion que los cuerdos seguir deben, que es remediar las ánimas de los muertos y no hacer mucha mencion de los cuerpos de tierra, acordó el Emperador de disponer de su persona en tal manera, que si la piedad del muy alto Señor lo permitiese, que su fin pudiese su ánima llevar á la santa gloria. Y juntando todos aquellos reyes y preciados caballeros que vivos quedaron, así les habló: «Altos reyes y muy esforzados caballeros, como por nos sean las mundanales cosas percederas mas conocidas que repunadas ni contradichas, háccennos caer en aquellos peligrosos lazos que nos tienen armados, sin que del libre albedrío que sobre toda cosa viva en el mundo el muy alto Señor nos quiso dar, nos podamos por nuestra culpa aprovechar. Esta mala inclinacion nos viene de aquel pecado de nuestro primero padre. Mas como tengamos claro conocimiento de Dios de la razon de aquello que dañar y aprovechar nos puede por su divina gracia, tanto quanto mas nuestras voluntades y desordenados deseos por nos refrenados sean, tanto mas el mérito y galardón se nos apareja. Verdad es que, segun el antiguo estilo del mundo con que es gobernado, y la encendida juventud, que en uno consisten, no puede tener tanta fuerza el cuidado que desvariar pueda, que por muchas veces no se pase la raya y límite de la razon y conciencia, ni puede ser excusado, especialmente por los que en los altos señoríos somos puestos, que no siendo suficientes para gobernar nuestras personas solas, tenemos otras infinitas á cargo de pagar por ellas lo que errado y mal regido pasare; pues ¿qué remedio tomarémos? Por cierto no otro, á mi ver, sino, viéndonos el muy alto Señor llegados á la pesada vejez, que en la fresca edad, siendo nos por él sacados de grandes peligros, en que si los cuerpos en ellos feneciesen, fenecerian las ánimas para siempre, de no alcanzar la gloria, hayamos aquel conocimiento que hasta entonces muy olvidado tuvimos, recogiéndonos de tal manera, que con aquella inocencia que al mundo venimos, en la nuestra postrimera la muerte recibamos.

Y porque, como yo sea de los mas principales á quien lo que dicho tengo toca, quiérome descargar de dos deudas muy grandes en que me hallo, si Dios por su misericordia lo permite. La primera y mas principal, poner en tal forma y estilo aquellos pocos dias que en el mundo viviere, que pueda sin estorbo alguno plañir y llorar mis culpas y pecados, demandando perdón á aquel que por nos perdonar quiso pasar por la cruel muerte; la otra, en la que á vosotros soy por me haber en tanto trabajo y peligro socorrido, y en tan gran necesidad, que, despues de Dios, vuestro gran esfuerzo me restituyó la vida y la honra y todo mi grande estado. Y en remuneracion y galardón dello, tengo por bien que mi preciada hija sea casada con Esplandian, que como hijo de todos contar se puede. Mas porque soy cierto que entre las otras cosas que dél son profetizadas por grandes sabidores, dice una que en su diestra parte tiene su nombre, y en la siniestra el de aquella que suya debe ser, las cuales letras por ella han de ser declaradas, quiero que mi hija las vea, y por la experiencia veamos si justamente haber la debe.»

## CAPITULO CLXXVII.

Cómo el Emperador, casando á su hija Leonorina con Esplandian, les renunció todo su imperio; y cómo él y la Emperatriz se metieron en un monasterio.

El rey Amadís le dijo: «Buen Señor, en aquello que decis de la gran deuda en que al muy alto Señor sois, y en el santo propósito que para lo cumplir teneis, no hay qué responder se pueda, salvo que cuando aquella divina gracia á las personas viene, que con todas fuerzas, forzando sus pasiones, ejecutar se debe, porque muchas veces acaece, con el gran descuido, cargar tanto los vicios y pecados, que no se halla aposentamiento donde la inspiracion de Dios quepa. En la otra deuda, Señor, que decis, notorio es á todo el mundo que si yo y mi linaje y mis amigos vida y estado y honra tenemos, que vos nos lo distes, y tan cumplidamente, que ningún servicio ni paga podria ser bastante á la satisfaccion suya.» El Emperador dijo: «Ahora, hermano, cese esto y venga mi hija, y veamos qué es lo que declara.» Entonces por su mandado fué venida aquella tan hermosa y compuesta infanta, y el Emperador, llegándose á Esplandian, desabrochándole aquel jubon que con las armas traia, quedaron las letras manifiestas á todos. La Infanta llegó, y poniéndoles sus hermosas manos en los pechos, vió cómo las blancas decian *Esplandian*; y mirando mucho las coloradas, dijo á su padre: «Señor, estando la infanta Melia en la cámara de mi señora la Emperatriz, me apartó y dijo: Infanta, por la honra que tu padre me hizo, quiero que de mí sepas una cosa que mucho te cumple, que ante muy honrada compañía te será preguntada. Entonces mandó traer allí un libro de aquellos que Urganda allí trajo, que á ella en la cueva le habian tomado, en que estaba figurada la doncella Encantadora, y mostróme en una hoja dél estas siete letras así coloradas como aquí se muestran, y debajo dellas su declaracion, que por ella leído, claro se muestra ser yo la que estas letras señalan.» El Emperador le dijo: «Hija, ¿conoceréis vos este libro?—Sí, Señor, dijo

ella, que de mi mano quedó señalado y puesto aparte en uno de mis cofres.—Pues hacédlo traer,» dijo él.

Ella envió una doncella de su cámara, y luego lo trajo, y tomándolo la Infanta, lo abrió, y mostróles las letras y todo lo otro. El Emperador y todos aquellos señores las miraron, y claramente vieron cómo en ninguna cosa discordaban de las que Esplandian tenia; y leyendo la declaracion, decia así: «Aquel bienaventurado caballero que la espada y el gran tesoro por mi encantado ganare, terná en el su pecho su nombre y el de su amiga; y porque, segun la escuridad grande de las siete letras coloradas, ninguno seria tan sábio que su declaracion alcanzase, quise que por mí sepan aquellos que doscientos años despues de mí vernán, cómo en ellas consiste el nombre de Leonorina, hija del gran emperador de Grecia.» Cuando esto el Emperador vido, dijo á un arzobispo de Galterna (1) que luego los desposase, y así se hizo. Pues el Emperador, sin mas dilatar, despues que las bodas fueron celebradas, tomando consigo á la Emperatriz, que mucho tiempo antes de aquel propósito estaba, se metieron en un monasterio muy hermoso, que ellos habian hecho, renunciando todo su grande imperio en los nuevos casados; y si la historia mas por extenso aquí no cuenta el recibimiento que aquella hermosa infanta hizo al rey Amadís y á todos los otros, no es, salvo porque la gran tristeza que por los reyes muertos tenian, no da lugar que honesto parezca ninguna cosa de placer.

## CAPITULO CLXXVIII.

Cómo por la mano del Alto Señor,  
El cual donde quiere inspira su gracia,  
Casó con Talanque la reina Calafia,  
Y con Maneli la hermana menor;  
Y luego despedidos del Emperador,  
Los nuevos casados con ellas se van,  
El uno en la flota del rey Cildadan,  
El otro en las naves de don Galaor.

Despues que por la reina Calafia aquellas bodas fueron vistas, sin tener esperanza de aquel que tanto amaba, por muy poco el ánima se le saliera; y venida delante del nuevo emperador y de aquellos grandes señores, dijo estas palabras: «Yo soy una reina de gran señorío, donde en muy gran abundancia es aquello que de todo el mundo es mas preciado, que es el oro y piedras preciosas; mi linaje es muy alto, que, sin haber memoria del principio, vengo de sangre real; y mi bondad es tan crecida en ser casta, como lo fué en la honra de mi nacimiento; la fortuna me trajo á estas partes, donde pensé llevar muchos captivos, y soy captivada, no digo desta prision en que me veis, que segun las grandes cosas por mí han pasado, adversas y favorables, bien tenia creído que no era bastante para desarmar los juegos de la fortuna; mas entiéndese por la prision de mi corazón muy cuitado y atribulado, en que la gran hermosura deste nuevo emperador, en el momento que mis ojos lo miraron, me puso. Esperanza tenia, segun mi grandeza y sobrada riqueza, que á muchos turba y enlaza, que tornándome á la vuestra ley le pudiera por marido ganar; mas cuando fuí ante la

(1) Así en las dos ediciones que hemos tenido presentes; pero quizá en lugar de Galterna haya de leerse Salerno, como al fól. 75.

presencia desta hermosa emperatriz, por dicho tuve que conviniendo lo uno y lo otro en igual grado, que quedando por vanidad mis pensamientos, esto la razon lo guiará en lo que está; y pues que mi fortuna inmortal pensó hacer mi pasion, yo, poniendo todas mis fuerzas en su olvido, como en las cosas que remedio no tienen los cuerdos deben hacer, quiero, si os placiere, tomar otro por marido, que hijo de rey sea, con aquel esfuerzo que buen caballero tener debe, y seré cristiana; porque como yo haya visto la órden tan ordenada desta vuestra ley, y la gran desórden de las otras, muy claro se muestra ser por vosotros seguida la verdad, y por nosotros la mentira y falsedad.»

El Emperador, cuando por él fué todo oído, abrazándola riyendo, dijo: «Reina Calafia, mi buena amiga, hasta aquí nunca de mí ninguna habla ni razon hubiste; porque es tal mi condicion, que si no son aquellos que en la ley santa de la verdad están, y quieren bien á todos los otros que fuera della son, no puedo acabar conmigo que mis ojos los miren sino con sañosa enemiga; pero ahora que el Señor muy poderoso esta tan gran merced te hace, de te dar tal conocimiento que su sierva te tornes, agora hallarás en mí grande amor, como si el Rey mi padre entrambos nos engendrara; y en esto que pides, yo te daré sobre mi verdad un tal caballero, que muy mas cumplido en virtud y linaje tenga aquello que pides.» Entonces, tomando por la mano á Talanque, su primo, hijo del rey de Sobradisa, que muy grande era de cuerpo y muy hermoso era, dijo: «Reina, ves aquí un mi primo, hijo deste rey que aquí ves, hermano del Rey mi padre; tómale contigo, que yo te seguro la bienaventuranza que dél te se seguirá.» La Reina le miró, y pareciéndole muy bien, dijo: «Yo me contento de su presencia, y en lo del linaje y esfuerzo, pues que tú mesmo lo aseguras, por bien satisfecha me tengo; y dame quien llame á Liota, mi hermana, que con mi flota en la mar está, porque yo le envié á mandar que no hiciese movimiento de mis gentes.»

El Emperador mandó á Tartario que luego por ella fuese; y así lo hizo, que hallándola no mucho trecho, la trajo consigo y la puso ante el Emperador. La reina Calafia le dijo toda su voluntad, mandándole y rogándole que por bien lo tuviese. La hermana Liota, hincadas las rodillas en el suelo, le besó las manos, diciendo que para en lo que su servicio determinase no era necesario darle cuenta alguna. La Reina la levantó y la abrazó, viniéndole las lágrimas á sus ojos, y luego tomó á Talanque por la mano, diciendo: «Tú serás mi señor y de todo mi estado, que es un señorío muy grande; y por tu causa aquella isla mudará el estilo que de muy grandes tiempos hasta ahora ha guardado, por donde la natural generacion de los hombres y mujeres sucederán adelante, en aquello que de los varones apartado grandes tiempos habia sido. Y si aquí tienes algun amigo que mucho ames, y sea en igual grado tuyo, hácele casar con esta mi hermana; que no pasará mucho tiempo que, con la tu ayuda, no sea reina de gran tierra.»

Talanque, como él mucho amase á Maneli el Mesurado, así por ser nacidos de dos hermanas como por la junta crianza que entre sí hubieron, púsosele de-

lante y dijo: «Reina, despues del Emperador, mi señor, á este amo yo como á mí mesmo y como á tí amaré; tómale, y haz aquello que de mí harías.—Pues quiero, dijo ella, que siendo nosotras en la tu ley, seamos de tí y dél vuestras mujeres.» Como el emperador Esplandian y aquellos reyes viesen las voluntades así conformes, llevando á la Reina y á su hermana á la capilla, las tornaron cristianas y las desposaron con aquellos dos tan famosos caballeros, y así se convirtieron todas las que en la flota quedaban. Y luego se dió orden cómo llevando Talanque la flota del rey don Galaor, su padre, y Maneli la del rey Cildadan, con todas sus gentes, guarnecidas y bastecidas de otras muchas cosas á ellas necesarias, se partiesen con sus mujeres, dándoles el Emperador fianza que si algun socorro menester les fuese, que como á hermanos verdaderos se le ofrecia. Lo que dellos fué, excusado será decirlo, porque pasaron por muy extrañas cosas de grandísimas afrentas, habiendo muchas batallas, ganando grandes señoríos; porque si contarlos quisiésemos, sería manera de nunca acabar.

## CAPITULO CLXXIX.

Cómo el emperador Esplandian casó á Norandel, su tío, con la reina Menoresa, dándole la montaña Defendida y las otras villas que de los turcos había ganado.

Hizo saber la emperatriz Leonorina al Emperador, su marido, la grande afición de amores que entre Norandel y la reina Menoresa había; de lo cual él hubo mucho placer, y tuvo manera cómo antes que aquellos grandes señores á sus tierras fuesen vueltos los dejasen casados, y así se hizo; dándoles él y la Emperatriz, demás del reino de la montaña Defendida, las villas de Alfarin y Galacia y las islas Galiantes, que muy pobladas y ricas eran.

## CAPITULO CLXXX.

Cómo los turcos y el Emperador, habiendo concierto, los presos trocaron, la gran sabidora los unos enviaron, soltando los otros el Turco mayor; y cómo se esconde con bravo furor la fusta llamada la grande Serpiente, perdiéndose á ojo de toda la gente la espada circea, de rico valor.

El emperador Esplandian, que mucha congoja y dolor en su corazón tenía por la pérdida de Urganda, viendo que el negocio principal era despachado, y cómo el rey Amadis, su padre, y los otros reyes se querían volver á sus reinos, apartándolos, les contó de la fortuna que aquella dueña en la villa de Galacia le vino, y cómo les había traído armas muy hermosas, y en compañía dél y de los otros caballeros había venido á la corte del Emperador, y todo lo que allí pasó, hasta que fué perdida por tan gran desventura; y que sabia que estaba en una torre en la gran ciudad de Tesifante; que él se tenía por dichoso de perder por su deliberación la vida, y con ella todo su estado; que les rogaba le aconsejasen para ello, pues que así como dél, de todos ellos era amada, y á todos había hecho muy grandes honras y ayudas; que ahora tenían tiempo de le dar el galardón de su merecimiento, que no pusiesen en

olvido de cumplir una tan grande obligacion como sobre sí tenían.

Cuando aquellos reyes esto oyeron, como quiera que del conde Gandalin y de Enil lo habían sabido, mucha tristeza hubieron. Y aunque ya deseosos estaban de volver á sus reinos, y muy cansados y enojados de las grandes afrentas y peligros que en las batallas que tuvieron habían pasado, conociendo ser verdad todo lo que el Emperador les había dicho, respondieron que si por algun partido la pudiese cobrar, que aquello sería lo mejor, y si no, que luego sin mas tardar pasasen al reino de Persia y lo destruyesen todo, y cercando aquella gran ciudad, la combatesen y de allí la sacasen, ó á ellos les fuesen las ánimas de sus cuerpos sacadas. Y poniéndolo en ejecucion, acordaron que la doncella Carmela, que ya con otro mensaje allá había ido, fuese al rey Armato, y le dijese de su parte que si aquella dueña les diese, le darían á Radario, el soldan de Liquia, y donde no, que se tuviese por dicho que todo su reino le harían arder en vivas llamas, y que á pesar suyo, sacarian aquella dueña donde quiera que mas escondida estuviese. La doncella, tomando consigo otras dos doncellas y cuatro escuderos, entró en el mar y pasó á la montaña Defendida, y desde allí envió la una doncella á Tesifante, que hiciese saber al rey Armato cómo ella le traía una embajada del Emperador su señor y de aquellos grandes reyes cristianos; que mandase, si le placiese, dar seguro porque pudiese cumplir su embajada.

Pues llegada ya esta doncella ante el rey Armato, y dicho por ella lo que le mandaron, el Rey, que muy atribulado estaba por las cosas ya pasadas, que mucho al revés de su pensamiento le habían venido, y por la muerte del infante Alforaj, que en las batallas pasadas había sido muerto, y él había escapado muy mal herido, huyendo por la mar con los que le quedaron, acordó que la doncella Carmela seguramente pudiese venir ante él por saber qué embajada era la suya, y dijo á la doncella: «Dile á tu señora que yo la aseguro, y aun que ella pudiera venir á mí sin ninguna condicion; que estando yo preso me hizo muchos y grandes servicios, por donde yo le soy en mucho cargo para le hacer muy grandes mercedes.» Con esta respuesta del rey Armato, se tornó la doncella muy alegre á la montaña Defendida; y sabido por Carmela el recaudo que traía la doncella, luego partió con toda su compañía, y llegó á la gran ciudad de Tesifante, y dijo al rey Armato todo lo que por el Emperador y aquellos reyes le fué mandado; que ninguna cosa dello faltó. El Rey, que, como ya es dicho, muy perdido y atemorizado estaba, dió entre sí muchas gracias á los dioses porque con tan poca cosa se podría apartar de aquellos tan poderosos principes que no le destruyesen, y envió á decir á la infanta Melia que le diese luego á Urganda; lo cual así se hizo, y venida ante él, dijo: «Carmela, ¿esta es la dueña que pedis?—Cierto,» dijo ella. Entonces se la entregó, diciendo: «De tí la fio, y asimismo la venida del soldan de Liquia.—De aquello no dudes, dijo ella; que luego en llegando yo donde él está, será él enviado donde tú estuvieres, y mándame dar un palafren en que esta dueña vaya.»

El Rey le mandó dar uno de los de la infanta Heliaja y unos paños muy ricos, y díjole: «Urganda, toma estos paños en pago de la aljuba que tú me diste; que aunque por entonces como á preso me honraste, la fortuna con su afortunada rueda quiso que como á presa, siendo yo suelto, te lo satisficiese. No digo que con ello cumplo; que, según quien yo soy, con otras mayores y mas crecidas mercedes se te había de reconocer y de gratificar; mas el tiempo no me da á ello lugar.—Rey, dijo Urganda, en cualquier grado que merced de tí yo reciba, según la muy grande congoja y tribulacion que hasta aquí me han acompañado, por me ver así captiva, te lo debo agradecer; mas tú fuiste á tiempo de usar conmigo algo de aquello que los virtuosos y nobles reyes hacer deben; que si de mí algun muy pequeño servicio recibiste sin ninguna obligacion que yo á ello tuviese, debiérase galardonar ó gratificar en el tiempo que mas la virtud que la necesidad á ello te constreñia; porque los reyes y grandes señores han de medir los corazones y los ánimos con sus grandes estados, porque en un grado sean conformes; que de otra manera, aquel gran mando, aquellos muy grandes señoríos y riquezas, creyendo con ello alcanzar gloria y fama, todo al contrario les sobreviene. Oh Rey, cuán gran bien pareciera á todos los mortales que, habiéndome ganado con tan grandísimo engaño, si algun servicio te hice, me dieras el galardón enviándome de tu reino, no como yo lo merecía, mas conforme á quien tú eres.»

El Rey, que había visto cómo la doncella no había tenido ningun lugar de hablar á Urganda una sola palabra, maravillóse cómo la razon della se enderezaba como si ella no lo supiese, y dijo: «¿Cómo sabes tú que en esto me constriñe mas necesidad que virtud?—Sélo, dijo Urganda, porque en el punto que de aquella torre donde encantada estaba fué salida, luego en aquel punto me torné en toda la perficion de mi grande sabiduría; así que, luego me fué manifesto lo que el Emperador y aquellos grandes reyes te enviaron á decir con esta doncella.» El rey Armato le dijo: «Yo te ruego, Urganda, que tú te partas de mi presencia, porque de tí no reciba otro tal engaño como tú de la infanta Melia recibiste.—Así lo haré, dijo ella, y para ello te pido licencia.» Y cabalgando en el palafren, tomando consigo á la doncella Carmela y á su compañía, entró en el camino; y llegada á la montaña Defendida, se metió con aquella compañía en la gran fusta de la Serpiente, y en breve espacio de tiempo fué llegada al puerto de Constantinopla.

Cuando por la gente fué aquella nave vista, hicieronlo saber al Emperador, el cual, con mucho placer, considerando qué ser podría, tomó consigo á los reyes, y fué á la orilla de la mar. Estando allí, vieron salir á Urganda y á Carmela y á todos los otros en un barco, y como á ellos llegó, haciéndoles la reverencia y acatamiento que á sus reales estados convenia, y dellos recibida con alegres ánimos, se quisieron con ella tornar á sus palacios; mas ella les dijo que estuviesen quedos, porque se les representase el cumplimiento de una profecía; ellos, así por cumplir su voluntad, como por tener creído que aquello no pasaria sin alguna cosa

extraña, acordaron de la esperar. No tardando mucho espacio de tiempo, la gran fusta Serpentina comenzó con muy gran braveza á se mover, dando por el agua tan grandes saltos y espantosos bramidos, que á todos ponía en muy gran temor, y así anduvo cuanto media hora, y en el cabo, sumiendo la cabeza debajo del agua, fué asimismo todo lo otro de su gran cuerpo sumido, que nunca mas pareció. Esto así hecho, vieron venir una gran roca nadando por la mar, y siendo bien cerca dellos, mostróseles encima della una mujer toda descabellada y desnuda, que solamente traía cubierto aquello que estando descubierto muy deshonesto parece; y vieron al derredor della muy gran compañía de serpientes, grandes y pequeñas; y como bien la miraron, conocieron ser la peña de la Doncella Encantadora. La roca se comenzó á sumir, de vagar, y las serpientes, con el miedo del agua, andaban por todas partes saltando, pensando guarecer. La doncella daba muy grandes gritos, tirando por sus muy largos cabellos, que á muy gran piedad movia aquellos señores que la miraban, y queriendo saltar en las naves que en el puerto estaban, para probar de la socorrer, Urganda les dijo: «No os pongais en tan gran locura, porque vuestro trabajo será en vano.» Con esto que les dijo aguardaron, y la peña se acabó de sumir del todo, sin que mas pareciese.

Estando así maravillados de tal aventura, vieron de su mano derecha salir la misma doncella por la mar, dando gritos, y un muy gran pece marino tras ella, la boca abierta para la tragar; y iba diciendo á grandes voces: «Socorredme, Emperador; que de otro ninguno puedo ser socorrida.» El Emperador, poniendo mano á su rica y encantada espada, fué cuanto mas pudo hácia la doncella para la socorrer; la doncella, como á él llegó, trabó con las manos ambas tan recio del hierro de la espada, que por fuerza se la sacó de la mano, y esgrimiéndola, se tornó á la mar, y se lanzó con ella debajo del agua, y el pece marino tras ella. Cuando por aquellos reyes esto fué visto, despues de se haber maravillado mucho, dijeron al Emperador: «Parécenos que si la espada de doncella la hubistes, que doncella vos la quitó;» y rieron mucho dello, burlando y hablando cómo una mujer desnuda le había tomado su espada. Con esto se acogieron á sus palacios, donde Urganda con muy gran honra de la Emperatriz fué recibida, y de todas las otras reinas y grandes señoras. Pero no se vos puede decir lo que las doncellas de Urganda con ella hacian, abrazándola y besándola, y besándole las manos, con muchas lágrimas de placer. El Soldan fué enviado al rey Armato muy honradamente.

## CAPITULO CLXXXI.

Cómo aquellos reyes cristianos, con licencia del Emperador, á sus reinos se volvieron, y Urganda la Desconocida á la isla Nohallada.

Allí se detuvieron aquellos reyes ocho dias por hacer honra á Urganda, en cabo de los cuales fueron todas las cosas aparejadas para el efecto de su viaje; y despedidos del Emperador, tomando consigo aquella sabidora Urganda, entraron en sus naves, y á las veces con próspero viento y otras con el contrario, llegaron

á sus reinos. Y el rey Amadís halló á su muy amada reina muy triste por la muerte de la reina Brisena, su señora madre, que desde que vido que el rey Lisuarte, su marido, della se partía, sus congojas y tristeza en tanto grado y con tanta ansia le cargaron, que la hicieron apartar el alma del cuerpo, lo cual fué todo doblado en saber la muerte de su padre. Urganda se fué á la isla No-hallada, donde por gran tiempo reposó y estuvo suspensa, y así lo hicieron los reyes don Galaor y don Bruneo y Cildadan, y los otros grandes señores.

## CAPITULO CLXXXII.

Cómo despues que el Emperador  
Hubo ganado la gran Tesifante,  
Y suelta la Reina, mujer del Infante,  
Quedó Norandel por gobernador;  
Y vuelto con gloria de mucho loor  
A Constantinopla con sus compañeros,  
A dos esforzados armó caballeros,  
Hijos del noble rey Galaor.

En este medio tiempo el emperador Esplandian envió mucha gente al rey Norandel, que en la montaña Defendida con su muy hermosa y amada reina Menoresa de asiento estaba, en que fueron muchos de aquellos caballeros cruzados que vivos de las batallas pasadas habian quedado, para que luego hiciese guerra al rey Armato, y le destruyese y quemase todo lo que pudiese de su reino; el cual lo hizo tan cruelmente y con tanta diligencia, que el rey Armato, no teniendo otro remedio, juntó muchas gentes, y le vino á dar la batalla, en que fueron muchos muertos y heridos de ambas las partes. Mas como el rey Norandel fuese valiente caballero, y aquellos que dije asimismo, como quiera que todos los mas allí muriesen, y el rey Norandel fuese herido de muchas heridas, el rey Armato con todos los suyos fué vencido, y tan quebrantado, que nunca mas osó en el campo ponerse.

Como esto el Emperador supo, pasó á Persia en persona, llevando consigo muchas mas compañías, y fué á cercar la gran ciudad de Tesifante, considerando que aquella ganada, en todo lo otro no quedaria defensa. Mas antes que el cerco puesto fuese, el rey Armato, con temor que allí seria tomado, muerto ó captivo, salióse de la ciudad con pensamiento de buscar algun socorro. Mas el Emperador puso tal recaudo, probando todas sus fuerzas, que antes que muchos dias pasasen, fué por él la ciudad tomada, haciendo por la muerte pasar todos los mas que en ella se hallaron. Allí fué prendida la infanta Heliaja, haciendo grandes llantos y amarguras, maldiciendo su fortuna, porque tan cruel le habia sido; mas tomándola el Emperador consigo, le hizo mucha honra, consolándola con ánimo muy piadoso, diciéndole que los semejantes casos pocas veces venian sino á los altos hombres, que en su grandeza la fortuna podia bien ejecutar sus iras; que en las otras bajas personas no podia hallar aposentamiento en que cupiesen. Y acordándose de la palabra que le habia dado al tiempo que otra vez la prendió, como la historia presente vos ha contado, dándole todas sus grandes riquezas que ella poseia, muchas de las suyas las envió al rey Anfion de Media, su padre.

Esto así hecho, queriendo en la guerra proceder, sa-

biendo los del reino que su rey habia huido, no osando esperar en una cosa tan fuerte y tan señalada como aquella gran ciudad de Tesifante era, diéronsele todos, entregando todas sus fuerzas, quedando por sus vasallos; y dejando por gobernador al rey Norandel de todo aquel gran señorío, se tornó á Constantinopla, donde halló que eran llegados dos infantes, mancebos muy hermosos, hijos del rey Galaor y de aquella muy hermosa reina Briolanja, su mujer; el uno habia nombre Perion y el otro Garinter, para que los armase caballeros y los enviase contra los turcos. Mucho holgó el emperador de Constantinopla con ellos, y con grande honra fueron por su mano armados caballeros; y como así se viesen con aquella honra que deseaban ir, porque entonces la guerra en aquellas partes era cesada, rogaron al Emperador que les diese licencia para se pasar á la isla California, donde Talanque y Maneli estaban haciendo muy gran guerra á sus vecinos, habiéndoles ganado mucha y muy rica tierra. El Emperador, que mucho los amaba, quisiéralos tener consigo; pero considerando que allí no podian experimentar sus fuerzas y esfuerzos de sus corazones, que no habia con quién, dióles muchos atavíos de armas y caballos, y otras ricas joyas, y una muy hermosa nave con maestros, que sin peligro los guiasen, y abrazándolos y besándolos en sus rostros, los envió.

Pues estos caballeros llegaron en salvo á aquellas partes, donde hicieron muchas caballerías famosas, que por agora la historia las dejará de contar. Solamente sabréis cómo despues de tiempo Perion, que era el mayor, vino al reino de su padre, y fué rey, y Garinter quedó en aquellas partes casado con una infanta muy hermosa, que Heletria se llamaba, señora de las islas Sitarias, que dél se enamoró por una batalla que le vido vencer de un muy bravo y fuerte gigante, que de su voluntad le fué á buscar, y lo halló donde aquella infanta estaba; y como ella, queriendo saber quién era, fué cierta ser hijo de rey y de reina, lo tomó por su marido. Así que, pasaron muy grandes tiempos que aquellas islas fueron señoreadas de los sucesores de aquellos caballeros, hasta que la distancia del tiempo los fué consumiendo, así como acostumbra hacer en las temporales cosas.

## CAPITULO CLXXXIII.

Cómo de Urganda fuesen llamados  
El rey Amadís y el Emperador,  
Y don Florestan y el rey Galaor,  
A la insula Firme fueron llegados;  
Adonde con otros así no contados,  
Despues de hablarles la gran sabidora,  
Abrióse la tierra luego á deshora,  
Allí se quedaron por ella encantados.

Estando Urganda en la su isla No-hallada, supo por sus artes cómo la muerte se allegaba á todos los mas principales de aquellos reyes que ella tanto amaba, y habiendo piedad que tan preciosas carnes como las dellas y dellas la tierra las gozase y consumiese, acordó de poner en ello el remedio que oiréis. Que entrando ella en la mar con la compañía de sus sobrinas, Julianda y Solisa, y otras doncellas, navegó hasta llegar á la insula Firme, y desde allí envió al rey Amadís, y al

emperador Esplandian, y á don Galaor, rey de Sobradisa, y al rey de Cerdeña, don Florestan, y á Agrájes, y al rey de Bohemia, Grasandor, y á cada uno una doncella que de su parte les rogase que ellos y sus mujeres viniesen allí á aquella insula Firme, porque cumplía mucho hablarles algunas cosas extrañas; y que viniese el maestro Elisabat, y trajese todo aquello que del emperador Esplandian habia escripto; y asimismo viniese el conde Gandalin y la condesa de Denamarca, su mujer, y el enano de Amadís con ellos; y aquesto por ninguna manera lo dejasen, que pues ella se habia dispuesto á venir allí, que creyesen cierto que su venida era muy necesaria, si no querian pasar por el trasgo de la cruel muerte.

Cuando el Emperador y aquellos reyes estas embajadas oyeron, no lo tuvieron en poco; y así por esto, como por tener mucho deseo de se ver juntos, luego á la hora, sin otra tardanza, tomando á sus mujeres, se metieron á la mar, y en poco espacio de tiempo se juntaron todos con aquella gran sabidora; la cual, como así los vido, con muchas lágrimas de sus ojos, no de aquellas que el placer traer suele, mas las que de la gran tristura y amargura salen, los abrazaba; así que, sus ojos en dos fuentes eran convertidos. Ellos, mucho maravillados de mudanza tan grande, no sabiendo la causa dello, le preguntaban si aquella su congoja y abundancia de lágrimas por ellos se podian remediar. Urganda, sin les responder ninguna cosa, los miraba, llorando muy fieramente. Así estuvo por un rato de tiempo, que nunca hablar les pudo; pero ya siendo su espíritu mas reposado, hablóles en esta manera: «Así como por el muy alto Señor todas las cosas del mundo establecidas fueron, así permitió que las presentes, pasando de la vida á la escura muerte, segun las calidades de cada una, quedasen otras de nuevo en su lugar. Esta orden es tan cierta, que hasta aquel temeroso dia señalado en ninguna manera mudar se puede. Por eso muchos de los antiguos, habiendo este conocimiento, y por firme lo teniendo, procuraron con muchos y grandes trabajos y afrentas que, aunque los cuerpos, como mortales y terrestres, consumidos fuesen, no lo fuesen sus muy grandes famas, queriéndolas inmortales hacer. Desto tenemos tantos y tan grandes ejemplos, y tan notorios, que con muy gran causa la prolijidad desta escriptura excusar se puede. Y como yo por mis grandes artes mágicas alcancé á saber que así como á los pasados, no menos á los presentes por aquella mesma via el tiempo se os acorta, quiero que sea pagada aquella deuda del grande amor que en vuestros ánimos imprimido contra mí es. Por ende, bien así como en las otras cosas vuestros muy bravos corazones demasiado esfuerzo tuvieron, por ser á la virtud obedientes y sujetos, que así agora lo sean en aquello que por mí obrar se quiere, y con ayuda de aquel mas poderoso Señor, y despues mía, así como su sierva, por muy grandes y largos tiempos, fuera de toda la natural orden, quedaréis do sin esperanza de tornar al mundo, estéis en aquella perficion de hermosura, en aquella floreciente y fresca edad que habeis tenido, cuando mas en vosotros se esclareció, en compañía de un muy gran rey y muy famoso caballero, que despues de muy largos tiempos, despues

de vosotros, en esta grande insula de Bretaña reinará; y si por caso fuere que mi gran sabiduría no alcance á saber ser cierta la salida desto que os digo, yo os traeré en tales y tantas partes, que con muy grande admiracion seais por aquellos que yo quisiere mirados y acatados.»

Agora pues quiero yo deciros, mis señores, que el emperador Esplandian y aquellos grandes reyes, como quiera que la braveza de sus corazones en tanto poder bastase, hablándoles en el trance de la temerosa muerte con palabras tan oscuras, que por ninguna fuerza de armas resistir no se podia, sus carnes, no lo pudiendo ellos por ninguna manera excusar, temblaban, y muy mucho mas las de aquella tan hermosa emperatriz Leonorina y de las otras reinas que allí estaban. Mas el rey Amadís le dijo: «Mi buena señora, muy mejor que otro alguno ni que nosotros mismos, alcanza vuestro saber la voluntad nuestra cuánto á vuestra ordenanza es; por ende todo lo remitimos y dejamos á vuestra disposicion, para que haga y obre en nosotros aquellas cosas que, no dañando á las ánimas y á las honras, mas vos agradarán.»

Entonces la sabidora Urganda mandó allí traer las sillas reales dellos, que en aquel tiempo los emperadores y reyes acostumbraban traer consigo, que eran todas cubiertas de oro, muy sotilmente labradas, y por ellas sembradas muy muchas piedras y perlas de gran valor; y esto se hacia porque, aunque los altos hombres en el vestir sus iguales podian ser, que no lo fuesen en los asentamientos, que les ponian muy grande autoridad. Y por aquello de los extraños, aunque avisados dello no fuesen, eran bien conocidos cuando en sus reales palacios entraban; y poniéndolas en la cámara Defendida, y en una sala cerca de ella, como ya oistes, haciéndolos armar de unas muy ricas armas que ella les trajo, los hizo sentar en ellas. Y luego vinieron sus dos sobrinas, Solisa y Julianda, con sendos bacinos de oro en sus manos, llenos de una agua de muchas yerbas confacionada, que antes de su venida dellos Urganda habia hecho, y poniéndoselas delante, les dijo que se lavasen los rostros con aquella agua. Ellos, como determinados estuviesen á cumplir su voluntad, teniéndolo por mejor, así lo hicieron. La fuerza de aquella agua fué de tal calidad, que sin mas dilacion pareció en ellos ser tornados en aquella claridad de hermosura y florida edad que cuando mas en perficion fueron tenido habian; tanto, que mirándose los unos á los otros, sin comparacion alguna se hacian maravillados. Y Urganda, tomando consigo al gran maestro Elisabat, así como en su propia manera estaba, lo hizo asentar en otra silla, en una muy hermosa cámara que con la gran sala confinaba, y púsole este libro, que él habia escripto y ordenado, en las manos. Y saliendo de allí, y tomando consigo al conde Gandalin y á la condesa de Denamarca, su mujer, y á Ardian, el enano de Amadís, se fué con ellos al palacio del arco de los leales amadores, donde las hermosas figuras de Apolidon y Grimanesa estaban, y hizolos sentar en un poyo, diciendo: «Así como aquí fueron dignos y merecedores de entrar los leales y verdaderos amadores, así vosotros lo sois por aquella lealtad tan grande y verdadero amor